

Pocos dias despues se colocaba su cuerpo en otra tumba junto á la de su amada.

La sorpresa le habia provocado una horrible calentura que se desarrolló en tifo, y este le habia causado la muerte.

Clotilde tembló con el recuerdo de este reciente suceso. ¿No podia Leopoldo ser víctima de aquella violenta enfermedad que diezmaba la poblacion?

Inés trató de calmar su espíritu.

Por fortuna el ruido de pasos producido por alguno que se paseaba en la sala vino á sacarlas de sus pensamientos.

—¿No oye vd. pasos, mamá?

—En efecto: ¿quién podrá ser?... Nadie habia en casa.

De repente cesaron de pasearse: en seguida se oyó el golpe como de un cuerpo que se deja caer en una silla, y se escuchó un ahogado suspiro que indicaba la honda afliccion del que lo habia lanzado.

—Parece que es mi protector.

Dijo Clotilde alzándose asustada del sillón.

—¿Qué le habrá pasado?

Replicó Inés temiendo que le hubiese sobreenvenido alguna desgracia.

Y ambas, como impulsadas de un mismo pensamiento, y de idéntico temor, se dirigieron, sin meter ruido, á colocarse detras de la vidriera que daba á la sala.

—Sí; es D. Emilio:—dijo Clotilde en voz baja, mirando por entre la cortina y sin ser vista:—está pálido y pensativo.

—¡Dios mio....! ¡Si le habrá sucedido la desgracia que hace tiempo estoy temiendo!

Contestó Inés sobresaltada y mirando tambien hácia la sala.

—¿Cuál?

—Que se haya arruinado al juego.

—No, no; imposible.

—¿No has notado en su semblante, hace algunos dias, la tristeza y el dolor, á pesar de los esfuerzos que hace para aparecer alegre como en otro tiempo?

—Creí que fuese preocupacion mia.

—Yo le he sentido de noche, despues de las altas horas á que llega, pasearse agitado por su cuarto, pronunciar algunas palabras que me han helado la sangre, y dar fuertes

golpes sobre la mesa como quien se encuentra desesperado.

—¡Ah....! Duval... ¡Duval es el autor de sus males y de los míos....!

—No hables tan alto, hija mía, que puede oírnos.

—¿No le ve vd. que abatido está....?

—¡Demasiado....! Pero ya se levanta... observemos.

Don Emilio se levantó de la silla sobre la que se había arrojado; se secó el sudor que bañaba su rostro, pálido y cadavérico; pasó la mano por el cabello, con la inquietud del que padece; miró con ojos desencajados hacia todas partes como temeroso de que alguien le observase; su semblante cobró un aspecto sombrío y terrible, pronunció algunas palabras siniestras, y se dirigió á la mesa redonda que estaba en medio de la sala: allí abrió un cajoncito secreto, sacó de él tintero y papel, volvió á dirigir la vista á ver si le observaban, y se sentó á escribir con mano convulsa y corazón inquieto.

—Tal vez es alguna mala noticia que ha recibido de la hacienda.

Exclamó Clotilde mas tranquila al verle escribir.

—Dios lo quiera—contestó Inés participando algo de aquella idea.—Pero puede ser muy bien, porque no comprendo que la carta pueda tener un objeto como el que presumí al principio.... y sin embargo....

—No abrigue vd. ningún temor: verá vd. como es lo que yo digo.

Y ambas volvieron á guardar silencio y á mirar atentamente ocultas detras de la vidriera y protegidas por la cortina.

Don Emilio acabó de escribir; cerró la carta agitadamente: la guardó en el bolsillo; colocó el tintero en el cajón de donde lo había sacado; tomó de él una pistola de seis tiros, y se puso á revisarla.

Al tocar el arma, sus facciones se demudaron, su semblante aumentó notablemente su palidez, sus facciones se contrajeron por algún funesto pensamiento que le dominaba, y sus ojos destellaban en su brillante mirada la luz del espanto y del terror.

Inés y Clotilde temblaron como la tímida gacela al presentir la tempestad.

—¡Se irá á matar.....!

Dijo la jóven estremeciéndose todos sus miembros como al contacto de una máquina eléctrica.

—¡Matarse.....!—exclamó aterrada Inés.

—Está en corriente.

Murmuró entre dientes D. Emilio, despues de revisar el instrumento de muerte: luego cogió el sombrero que estaba sobre una silla, paseó tristemente su mirada por todos los objetos que le rodeaban, como aquel que se despide para siempre de los séres que ama, y se dispuso á salir.

Inés y Clotilde, recelando una desgracia, iban á impedir su paso, pero se detuvieron al ver presentarse en la sala á Duval.

Don Emilio, al verle, guardó la pistola en el bolsillo prontamente; pero por ligero que anduvo para conseguirlo, no pudo evitar que el personaje que entraba advirtiese algo.

—¿A dónde iba vd., D. Emilio?

Le preguntó Duval tendiéndole la mano y obligándole á detenerse.

—A un asunto importante.

Contestó inquieto D. Emilio.

—¿Quiere vd. que le acompañe?

—No, mil gracias; es un negocio reservado....

—Ya. Pero ¿no pudiera vd. dejarlo para despues? Precisamente venia á hablarle á vd. de un negocio.

—Disimúleme vd., señor Duval; pero en este momento no puede ser.... me están esperando y ha llegado la hora.... Si vd. tiene la bondad de esperarme ó de volver...

—Pero ¿qué, tan preciso es el asunto?

—Y tanto, que de él depende mi tranquilidad.

—Me lo supuse desde que ví á vd. salir de mi casa, y por lo mismo le he venido á vd. siguiendo.

—¿Tiene vd. algo que reclamarme?

—Nada.

—¿No está la escritura de cesion en toda forma?

—Sin duda.

—¿Pues entonces.....

—No me comprende vd.

—¿Qué es lo que quiere vd. de mí?

—¿Qué es lo que quiero de vd?

—Sí; pero le ruego que sea pronto porque me esperan, y la tardanza es la muerte.

—Al contrario; es, la vida.

Dijo Duval marcando mucho y con intención la última palabra.

—¿Cómo!.... ¿qué quiere vd. decir?

Contestó algo desconcertado D. Emilio.

—¿No lo adivina vd?

—No: y le pido por la última vez que me diga vd. á qué ha venido.

—A que no se mate vd.

—¿A que no me mate?

Dijo sorprendido D. Emilio.

—Sí;—contestó Duval con firmeza;—á eso he venido, á que no se mate vd.

—Pero ¿quién le ha dicho á vd. que yo meditaba un suicidio?

—Yo que lo sé.

Inés y Clotilde se estremecieron de horror, haciendo oscilar con su movimiento la cortina tras la cual se ocultaban.

Duval advirtió aquel movimiento; conoció por él que la jóven y su protectora le escuchaban, y brilló en sus ojos la alegría.

—¿Usted?

—Sí, señor, yo.

—Está vd. equivocado.

—¿Para qué es negarlo....? Aquí nadie nos oye: ¿no soy su amigo de vd?

—¡Mi amigo!....

Dijo con tristeza D. Emilio.

—Sí señor; su amigo, y su amigo verdadero; y vengo precisamente con el objeto de darle á vd. una prueba de ello.

—No comprendo.

Duval dirigió al soslayo una mirada hácia la puerta en que escuchaban las dos mujeres para cerciorarse de que le oían. Se habia propuesto, antes de dar aquel paso, usar de un rasgo de generosidad estudiada para ganar el corazón de Clotilde, venciendo de aquella manera al afortunado rival que odiaba, y la fortuna parecia que secundaba su deseo, conduciendo á la jóven al sitio donde pudiera presenciar su noble desprendimiento.

—¿Es esta la escritura—dijo Duval sacando un papel que llevaba—por la cual

me hace vd. dueño de la hacienda que hasta hoy fué suya, de la casa de San Angel y de esta en que habita vd?

—¡Todo lo ha perdido....!—Exclamó Inés en voz baja dirijiéndose á Clotilde, perdiendo el color y apoyándose sobre ella para no caer.—¡Estamos en la miseria!....

Don Emilio fijó los ojos en el papel que le mostraba su interlocutor, y contestó.

—La misma: ¿por qué me lo pregunta vd?

—¿No lo adivina vd?

—No.

—¿No le he dicho á vd. que venia á darle una prueba de que soy su amigo verdadero?

—Sí señor.

—Pues para dársela, necesito primero que vd. me empeñe su palabra de aceptarla y no desairarme.

—¿Pues qué, se exige de mí algo que pueda herir en lo mas mínimo mi delicadeza cuando teme vd. que no la admita?

—Repito que es una prueba de amistad, y la amistad jamas se asocia con un pensamiento innoble.

—Siendo así, doy mi palabra.

—Vd. ha perdido una tras otra todas sus riquezas.

—Es cierto.

—Esas riquezas las ha perdido vd. en mi casa.

—Es cierto.

—Nadie, mas que yo, sabe que nada posee vd.

—Es verdad.

—Ninguno tampoco está enterado de que existe una escritura que me hace dueño de sus bienes.

—Ninguno.

—Luego si esta escritura vuelve á poder de vd. por voluntad de su legítimo dueño, de un verdadero amigo, vd. vuelve á poseer cuanto la contraria suerte le ha quitado, sin que haya quien sepa jamas que vd. ha tenido la bondad de no rehusar el obsequio de un amigo.

—¿Qué quiere vd. decir?

—Quiero decir que le devuelvo á vd. esta escritura, que la recibí solo porque vd. se empeñó en ello: quiero decir, que un amigo no puede ver la desgracia de otro ami-

go ni la ruina de su apreciable familia: que la hacienda, la casa de San Angel y esta en que estamos, vuelven á ser de vd. desde este instante.

—¡Oh....! ese rasgo de generosidad me asombra:—exclamó D. Emilio estrechando la mano de su interlocutor:—Pero por mucho que yo le agradezca el favor que trata de dispensarme, no lo puedo admitir jamas.

—¡Faltaré vd. á la promesa que me ha hecho?... ¡á su palabra empeñada?

—Pero....

—Veo que es preciso que yo venza esos escrúpulos, haciendo que desaparezca este documento:—dijo Duval rompiendo la escritura.—Ahora, nada me debe vd.

Inés y Clotilde se miraron asombradas.

—Aunque el papel haya desaparecido—dijo D. Emilio cada vez mas admirado del desinterés de aquel hombre—por una accion que le enaltece á vd. á mis ojos y le coloca en una esfera muy superior á la de todos los demas hombres, en mi conciencia queda grabada esa deuda que la reconozco, y que la pagaré religiosamente algun dia.

—Cuando vd. quiera, amigo mio; por mi parte, nunca se la cobraré.

—Confieso que estaba muy lejos de conocer el fondo de ese corazon generoso:—exclamó D. Emilio estrechando de nuevo y con mas fuerza la mano de Duval;—y que no sé cómo corresponder á una accion que jamas se borrará de mi memoria.

—Yo sé cómo me la puede vd. pagar.

—¿Cómo?... hable vd.

—No diciendo ni á Clotilde ni á Inés nada de lo que ha pasado.

Estas palabras acabaron de cautivar á D. Emilio y de llenar de asombro y de admiracion á las dos hermosas que escuchaban.

Ellas, lo mismo que D. Emilio, atribuyeron á un rasgo de exquisita delicadeza lo que no era mas que una accion premeditada; un golpe de hipocresía refinada conque habia contado cautivar el corazon de la mujer, cuya mano codiciaba.

Devolvía á D. Emilio los bienes, porque estaba en la ereencia de que aquel paso le abriría el camino para llegar hasta la pose-

sion de la amada jóven que, siendo la heredera absoluta de su protector, le llevaria al casarse ó al morir éste, los mismos intereses de que él se desprendia.

—Respetaré el deseo de vd.;—dijo D. Emilio—aunque me cueste un sacrificio.

—Si, no quiero que se atribuya al amor, lo que es única y exclusivamente efecto de una desinteresada amistad.

—¡Ah!.... ¡cuán digno es vd. de su mano! Quien tan generoso se muestra con un amigo, ¡qué no lo seria con una esposa idolatrada?

—¡Mi esposa ella!.... ¡Ah!.... eso seria tocar en el miserable mundo las inefables delicias de la gloria, y yo no puedo lisonjearme de tener el mérito suficiente para aspirar á la dicha suprema de poseer un ángel!....

—Sí, amigo mio; tiene vd. mérito, y muy relevante; y Clotilde, estoy seguro, llegará por fin á hacerle justicia, y se unirá á vd. como al único hombre que puede labrar su felicidad.

Clotilde estrechó afligida la mano de Inés que le correspondió con una dulce mirada de compasion y de ternura.

—Lo deseo como se desea la salvacion eterna;—exclamó con fervoroso acento Duval—pero sin que para alcanzar ese bien inestimable se eche mano del rigor ni de la violencia.

—Clotilde, señor Duval, es una jóven obediente, pura y virtuosa, y estoy cierto de que se complacerá en obsequiar mi deseo; y éste es, como ha sido y será siempre, el que se una á vd.

La jóven se estremeció como el débil pajarillo al disparo de la escopeta.

Duval acarició la lisonjera idea del triunfo, y contestó con aire agradecido.

—Mil gracias; pero temo que Leopoldo...

—Leopoldo sabe que existe una causa poderosa que le prohíbe acercarse á Clotilde, y no será tan insensato, que reanude sus relaciones con ella, despues de habérselo yo prohibido formalmente en la entrevista que tuve con él en San Angel.

—Bien, D. Emilio: vd., como padre amoroso, conoce de qué lado está la felicidad de su querida hija.

—Le repito á vd. que Clotilde será suya.

—¿Cuándo?

—Muy pronto.

Duval estrechó la mano de su interlocutor y salió de la sala confiando en el triunfo: D. Emilio recobró su alegría, se pintó en su rostro el placer mas intenso; sacó del bolsillo la carta que pocos momentos antes habia escrito; la rompió, arrojó por el balcón los pedazos de ella, y se empezó á pasear por la sala con aire satisfecho.

Clotilde miró afligida á su protectora: ésta le correspondió con otra mirada intensa de compasion.

—¡Madre mia....! ¡madre mia....!—exclamó la jóven arrojándose llorosa en los brazos de Inés que la estrechó contra su pecho:—¡Todo acabó para mí... ya no hay esperanza....!

—Sí, sí; hay todavía: ten confianza, Clotilde.

Contestó Inés cubriéndola de besos y de caricias.

—¿En quién?

—En Dios;—exclamó Inés señalando al cielo con ardiente fe—y en tu madre, en tu amiga, que nunca te abandonará.